

César era menor que yo por dos días. Recuerdo que estábamos juntos en el quinto grado de la escuela. Él tenía el rostro redondito y unas cejas pobladas, las palmas de sus manos eran grandes pero tenía los dedos pequeñitos. Su cabello era negro y grueso, era indomable. Le gustaba usar camisetas rojas en cuello de uve con un par de botones y siempre andaba pantalonetas como las de los surfistas, con dibujos tropicales.

César era moreno. Cuando hablaba bajaba la mirada al piso y fruncía el ceño, cruzaba los brazos y con el labio superior hacía un pico de pájaro. Cuando contaba un chiste lo hacía con seriedad y luego se reía dándome una palmada fuerte en la espalda. Él tenía una familia extensa: doce hermanos y otros más por parte de las aventuras tangenciales de su padre. Tenía un par de hermanos gemelos a los cuales yo siempre confundía por ser tan iguales.

El hermano menor de César, llamado Walter, también se había hecho mi amigo. Yo estaba fascinado con los juguetes de Walter, porque algunos muñecos de acción tenían todas sus partes móviles y eran contruidos con excelente material de calidad. También intercambiábamos tarjetas sobre personajes, jugábamos naipes y juegos de mesa.

Un día de tantos (lo recuerdo vivamente, no así la fecha) llegué antes de las siete de la mañana a la puerta de la casa de la familia de César. Él salió a recibirme aún soñoliento. Recuerdo que le dije que quería ir a la poza que me había mencionado días atrás. Él me dijo que bajara la voz, porque le habían prohibido ir a ese lugar.

Salimos juntos con la excusa de que él iría a estudiar conmigo para los exámenes trimestrales. La mañana estaba radiante y el río estaba un poco crecido debido a las lluvias de la noche anterior, pero se podía pasar por las rocas. Competíamos sobre cuál de los dos podía saltar entre las dos piedras más distantes. Yo tenía una contextura decente y me tenía unos saltos fantásticos. César tenía las piernas cortas pero una fuerza descomunal en ellas.

También competíamos en natación, aunque solo nos sabíamos el estilo "del perrito" y el de nadar con tortícolis, es decir, con la cabeza afuera mientras dábamos brazadas. Cuando el río estaba muy bajo uno se golpeaba las rodillas con las piedras. Por dicha ese día no era el caso y nadábamos sin parar contra corriente.

Llegamos a la ribera contraria y ahí estaba el cuerpo de agua que tanto anhelaba conocer. Al final estaba limitado por una gran peña. De la peña, a una altura considerable estaba una gran rama de árbol y desde ahí uno se podía lanzar para los clavados.

Al parecer la poza era producto de una naciente. El agua estaba tranquila y el sol se reflejaba de tal forma que se veían cientos de cristales que disparaban sus rayos amarillos. Detrás de nosotros estaba el sonido continuo del río y eso le daba un aspecto aún más hermoso al espectáculo. Estábamos solos.

Emocionados los dos nos quitamos las camisetas y corrimos. Nos zambullimos y la alegría no daba cabida en mi pecho. Luego competimos en los clavados y mi especialidad era lanzarme desde lo alto en dorso dando vueltas. César también tenía sus piruetas y siempre me dejaba boquiabierto con la elegancia con la que entraba al agua, sin hacer ni un solo ruido. Era como un ninja del agua.

Sentados en unas rocas lisas nos preguntábamos de dónde venían los ríos, la poza y los océanos. La vegetación en el entorno era abundante.

Teníamos que irnos porque la hora de la escuela se aproximaba. Debíamos ir a nuestras respectivas casas para bañarnos y ponernos los uniformes, acomodar los útiles en las mochilas y lustrar bien nuestros zapatos.

Al cruzar nuevamente el río, César me detuvo y me indicó que debíamos tomar un poco más de sol para que se secara nuestra ropa. Pasaron los minutos y avanzamos. Nuevamente César me detuvo y levantó arena con sus manos y se la untaba como si fuera un ungüento: era para que la piel no se viera tan brillante y así no nos pondríamos en evidencia. Lo imité y efectivamente me puse un poco opaco.

Nos separamos en la ruta y nos fuimos a nuestros hogares.

En la escuela jugábamos en el extenso patio a los ladrones y policías. Era muy divertido y a mí me gustaba ser ladrón y a César ser policía.

Es extraño, ¿por qué tengo un Zurek y se lo ofrezco a César? Creo que estoy soñando todavía. César ya es un adulto. El Zurek es una sopa un poco ácida con papa y salchicha que se sirve en una hogaza de pan. A veces se le pone huevo duro en tajadas.

¿César se lo habría comido?